EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

RAZONES DE FAMILIA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EDUARDO NAVARRO GONZALVO.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1888.

AUMENTO AL CATÁLOGO DE 1.° DE JULIO DE 1887.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Dos pájaros de un tiro	1	Sres. Larra y Gullón	Todo.
El final del drama	1	D. Emilio Alvarez	»
Entrar por el aro	1	José Morte	»
Las bodas	1	Cid Rodriguez	»
Los dos colosos	1	Manuel Izquierdo	»
Pelaez	1	José Caldeiro	Mitad.
Sermón y conquista	1	Luis Negrón	Todo.
Angel caido	3	Francisco Pleguezuelo	»
Fuego de paja	3	F. J. Santero	»
Locura de un sueño	3	J. Bohigal	»
Meterse á redentor	3	Miguel Echegaray	»

ZARZUELAS.

¡Ay, amor cómo me has puesto!..	1	D. Tomás Gómez	M.
Barba azul, petit	1	Mangiagalli	M.
Bon-Amema	1	Tomás Gómez	M.
Canutito	1	Manuel Nieto	M.
Chateau Margaux	1	Fernandez Caballero	M.
Con la miel en los labios	1	Sánchez Seña y Comez	L. y M.
Don Dinero	1	Perrin y Palacios	L.
Efectos de la gran vía	1	Rafael M. Liern	L.
El Bazar H	1	M. Fernandez Caballero	M.
El doctor Faustito	1	Tomás Gómez	M.
El siglo de las luces	1	E Navarro	L.
El Sr. Gallina	1	Segovia y Taboada	L. y M.
El Sr. Juez	1	Rafael Taboada	M.
El sistema decimal	1	Tomás Gómez	M.
El tío en Indias	1	Manuel Nieto	M.
En las ventas	1	Tomás Gómez	M.
En un lugar de la Mancha	1	Larra y Arnedo	L. y M.
La niña de los lunares	1	Tomás Gómez	M.
La perla Malagueña	1	Tomás Gómez	M.
La pequeña vía	1	Tomás Gómez	1/3 M.
La primera de abono	1	José Caldeiro	1/2 L.
La revolución	1	Fernandez Caballero	M.
La risa del conejo	1	Tomás Gómez	M.
Las tres gracias	1	Eduardo Navarro	L.
Lista de compañía	1	Larra, Gullón y Caballero.	L. y M.
Libertad de cultos	1	José M.ª Gutierrez de Alba	L.
Los trasnochadores	1	Manuel Nieto	M.
Manicomio político	1	Tomás Gómez	M.
Perico el de los palotes	1	Larra, Gullón y Taboada	L. y M.
Por las Carolinas	1	Tomás Gómez	M.
Por sacar la cara	1	M. Fernandez Caballero	M.
Por un capricho	1	Tomás Gómez	M.
se Gisa deco Mer	1	Calixto Navarro	L.
¡Sinfonía!	1	Llanos	L.
Sin los dos	1	Tomás Gómez	M.
Tercero de derecho	1	Signer y Alvarez	L. y M.
Tocador de señoras	1	Llanos	L. y M.
Un gatito de Madrid	1	Segovia y Taboada	L. y M.
Una prueba fotográfica	1	E. Navarro	L.
Una en el clavo	1	José Caldeiro	1/2 L.
Vamos á ver eso	1	Navarro y Fernz. Caballero	L. y M.
Venir por lana	1	Zumel	L.
Vista y sentencia	1	Tomás Gómez	1/2 M.
Cuba Libre	2	M. Ferndz Caballero	M.
Una broma en Carnaval	3	Casademunt y Strauss	L. y M.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÀS

N.º de la procedencia
3728

RAZONES DE FAMILIA.

RAZONES DE FAMILIA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EDUARDO NAVARRO GONZALVO.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro MARTÍN el 15 de Enero de 1888.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1888.

PERSONAJES.	ACTORES.
JULIA	SRTA. D.ª JULIA SALA.
LA PORTERA	INÉS RODRIGUEZ.
DON JUAN	SRES. SERAFÍN GARCIA.
DON LÚCAS	CÁRLOS MESTRE.
MIGUEL	LUIS FRAILE.

Madrid.—Actualidad.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con que se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL DISTINGUIDO ARTISTA

EL LAUREADO PINTOR

SR. D. FRANCISCO JAVIER AMÉRIGO.

Cariñosísimo recuerdo de la fraternal amistad que le profesa

EL AUTOR.

724666

ACTO ÚNICO.

Sala modestamente amueblada. En el fondo derecha, una chimenea, y sobre el mármol de ésta un reloj colocado en un extremo. Al lado de la chimenea, y ocupando el centro del foro, puerta de una alcoba cubierta con grandes cortinas que caen hasta el suelo. En el fondo izquierda un armario grande practicable, de manera que la puerta de la alcoba quede entre la chimenea y el armario. Cuando éste esté abierto, deberá verse en su interior ropas colgadas en las perchas, etc. En la lateral derecha, puerta de entrada, mesa grande cubierta con tapete. Junto á ésta un sillón. Á la izquierda, un tocador pequeño de caballero, provisto de jabón, cepillos, navajas de afeitar, etc. Sillas, un taburete, dos candeleros con sus velas, una caja de cerillas, una gorra de gran visera sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN.

Al levantarse el telón, el teatro está completamente á oscuras; los muebles en desorden; las sillas tiradas por los suelos. Se oye dar una vuelta á la llave en la cerradura de la puerta de entrada, y aparece D. Juan cerrando la puerta al entrar.

JUAN. ¡Vaya unas cerillitas! ¡He gastado inútilmente una

docena y he tenido que subir á oscuras! (Se quita el sombrero, tratando de colocarlo sobre una silla del lado de la puerta, y no encontrándola, después de buscarla á tientas un momento, se coloca de nuevo el sombrero en la cabeza.) ¿Dónde demonios andan aquí las sillas? (Continúa rascando cerillas, hasta que por fin logra con una encender una vela.) «Á perro chico el wagón sin trampa ni cartón.» ¡Y sin cabeza tampoco! (Encendiendo.) Gracias á Dios. (Se quita el sombrero y la capa y contempla estupefacto y cruzado de brazos el desorden de la habitación.) ¿Qué desorden es este? ¡Parece mi cuarto un campo de batalla! ¡Á esto llama mi portera arreglarme el cuarto! (Abriendo la puerta y llamando.) ¡Señá Rita! ¡Señá Rita!

PORT. Ya voy. (Dentro.)

JUAN. ¡Suba usted enseguida! Me figuro que á la portera le gusta un poquillo el zúmo de Noé. De otra manera no se comprende...

ESCENA II.

DICHO y la PORTERA.

PORT. Buenas noches, vecino. ¿Qué hay?

JUAN. ¿Qué hay? ¿Le parece á usted que es esta manera de ganarse el duro mensual que la doy por arreglarme el cuarto?

PORT. (Reparando.) ¡Calle! ¡Parece que han dado aquí un baile!

JUAN. ¡Yo le aseguro que aquí no ha bailado nadie! ¡Como no haya sido usted!

PORT. ¡Yo!

JUAN. ¡Esto ha sucedido varias veces; y estoy dispuesto á no tolerarlo! Mire usted, por poco tiran al suelo el reloj.

PORT. (Colocándolo en la chimenea.) ¡Y es verdad! Pues aquí no ha entrado nadie. (Poniendo los muebles en su sitio.)

JUAN. ¿Nadie? Pues no se comprende esto.

PORT. Diga usted, vecino, ¿habrá espíritus en este cuarto?

JUAN. Sí, amílicos; no diga usted majaderías.

PORT. En ningún cuarto ocurren estas cosas más que aquí. Verdad es que la casa es muy tranquila, y á no ser por los escándalos que de vez en cuando promueve su vecino de usted, don Lúcas, el que vive pared por medio de este cuarto, que es celoso como un turco, y tiene hecha una mártir á su pobrecita mujer, esto sería una balsa de aceite.

JUAN. ¡Hirviendo!

PORT. Yo sólo siento una cosa, y es que el dueño de la casa, como vive en la contigua, que también es suya, se entera muchas veces de estos líos.

JUAN. ¿Y á él qué le importa? Con tal que le paguen.

PORT. Esto es lo que dice el señorito Miguel, el hijo del casero, que es muy guapo muchacho, mejorando lo presente.

JUAN. Sí, si, ya le conozco.

PORT. Pues el señorito Miguel me decía hace pocos días: «deje usted en paz á los vecinos, y no se meta usted en nada.»

JUAN. Y tenía razón.

PORT. Vaya, ya está todo arreglado. (Medio mútis.)

JUAN. Portera. ¿Ha ido usted á casa de mi sastre para recoger la levita y el pantalón que tenía á componer?

PORT. Aún no, pero voy en dos brincos. Como está tan cerquita...

JUAN. Ande usted, ande usted. Á las nueve tengo una cita en Fornos, y no puedo faltar. Necesito mi ropa en seguida.

PORT. ¡Hola! ¿conque tiene usted citas?

JUAN. No sea usted mal pensada. Se trata de un primo mío y de su mujer, que han venido ayer del pueblo, y he de acompañarlos al teatro de Lara á ver una pieza.

PORT. ¡Picaronazo!

JUAN. Despache usted. Mientras va en busca del traje, yo me haré un repaso en la barba.

PORT. Vuelvo enseguida. (Vase.)

ESCENA III.

D. JUAN.

Enciendo las dos bujías del tocador, y después abre el armario y busca una tohalla.

JUAN. ¡Afeitémonos en un momento! ¿Dónde habrá puesto mis tohallas esta vieja imbécil! (Busca en el armario, y durante este tiempo, el espejo de la chimenea gira sobre sí mismo, dejando una abertura grande por donde asoma Miguel, y empuja el reloj que hay sobre la chimenea, disponiéndose á entrar en el cuarto, pero vé á D. Juan y se retira precipitadamente.)

MIGUEL. (¡Canario! ¡está aquí todavía!) (Al marcharse hace ruído.)

JUAN. ¿Quién anda ahí? ¡No hay nadie! Me pareció haber oído... ¿Qué veo? ¡Mi reloj avanza, es decir, se corre! ¡Hélo aquí al borde del abismo! Esto es un fenómeno de relojería que no comprendo. ¡Pchs! Quizás el ejercicio haga falta para su salud. En fin, no pensemos más en esto, y á afeitarse; es muy tarde y no quiero hacer esperar á mis primos. (Se dispone á afeitarse delante del tocador, y entra D. Lúcas con la mayor agitación.)

ESCENA IV.

D. JUAN y D. LÚCAS.

LUCAS. ¡Responda usted con franqueza!

JUAN. (¿Quién es este hombre?)

LUCAS. ¿Hoy al medio día, ella no había salido, verdad?

JUAN. ¿Quién?

LUCAS. Usted debe haberla visto entrar.

JUAN. ¿Entrar? ¿Salir? Yo no entiendo una palabra.

LUCAS. ¿Cómo que no?

JUAN. Ni tengo el honor de conocerle á usted.

LUCAS. Que no me conoce. ¡Es verdad! Usted dispense. Lúcas Malbin.

JUAN. (Interrumpiéndolo) ¿Malvino?

LUCAS. ¡Malbin! Agente de la sociedad de seguros contra incendios, «La Dinamita honrada,» y marido infortunado de Julia. (Paseándose con agitación.) ¡Sí, señor, su marido, su marido!

JUAN. Señor Malvino.

LUCAS. Malbin!

JUAN. Malbin, esa explicación no atenúa en nada mi sorpresa. No es costumbre entrar así en casa de los vecinos.

LUCAS. ¡Sí, señor, su marido! (Cogiendo un extremo del paño que tiene D. Juan y tirando con rábia.) y daría veinticinco duros porque lo fuera usted en mi lugar.

JUAN. (¡Qué bárbaro!) (Quitándose el paño.)

LUCAS. ¡Oh, Julia! ¡Julia, es menester que esto termine! ¡La cosa va á acabar mal, muy mal! (Amenazando con el puño.)

JUAN. (¡Qué chifladura!)

LUCAS. Créame usted, acabará mal. Lo siento en mi sangre, en mis nervios, hasta en la raíz de los cabellos.

JUAN. Vaya, lo celebro tanto.

LUCAS. Voy á contárselo todo. (Hace sentar violentamente á don Juan en el sillón, y colocando una silla á su lado se sienta.)

JUAN. (¡Y se sienta!)

LUCAS. ¡Hace quince días ocurren en mi casa cosas muy extraordinarias!

JUAN. ¿Sí, eh?

LUCAS. Cinco ó seis veces me ha ocurrido lo mismo, pero dudaba aún; hoy ya no queda duda alguna. Al medio día salgo, la encierro con llave, y espío en la calle á ver si la veo salir... No sale, me canso de esperar, vuelvo á subir... y no la encuentro en casa... Vuelvo á salir, vuelvo á cerrar, espío otra vez, no la veo salir... subo de nuevo...

JUAN. Y no está.

LUCAS. ¡Y la encuentro cosiendo en la sala!

JUAN. ¡Qué galimatías! (Se levantan.)

LUCAS. ¿Cuándo sale? ¿Cuándo entra? Nuestros cuartos están contíguos, es imposible que usted no la oiga salir y entrar. Desde mi cuarto oigo yo cerrar y abrir todas las puertas del pasillo. Podría decirle á usted cuántas veces tose y estornuda durante la noche!

JUAN. ¡Eso es una indiscreción!

LUCAS. Estoy estudiando un medio para aclararlo todo.

JUAN. (¡Y yo otro para desembarazarme de tí!) Lo siento mucho, pero tengo que afeitarme, y con su permiso... voy á la peluquería de la esquina. (Se pone el sombrero y coge el candelero disponiéndose á apagar la bujía.)

LUCAS. (Cogiéndole del brazo y sin dejarle apagar.) ¿Vá usted á salir, vecino?

JUAN. (El mismo juego.) Sí, señor, tengo muchísima prisa.

LUCAS. (El mismo juego.) ¡Ah, caballero! No se case usted nunca.

JUAN. No señor. (Idem.)

LUCAS. (Idem.) Y sobre todo, con una florista sin padres conocidos.

JUAN. Pierda usted cuidado.

LUCAS. Y mucho menos si es aficionada á hacer comedias caseras.

JUAN. (¿Pero es que vas á pasar aquí la noche?) (Siempre repitiendo el juego.)

LUCAS. Cuando yo me casé con Julia, hacía papeles de dama jóven en el teatro de las Musas.

JUAN. (Soplándole la bujía en las narices.) Ya me contará usted eso por la escalera. (Saliendo.)

LUCAS. Los días del ensayo...

JUAN. (Saliendo detrás y cerrando.) (¡Qué no te estrellaras!)

ESCENA V

MIGUEL. En el momento que la puerta se cierra, se abre el practicable de la chimenea, y se asoma Miguel y escucha.

MIGUEL. No hay nadie. El palomo voló y es nuestro el palomar. (Salta dentro de la habitación.) Encendamos las bujías ante todo. ¡Bravo! (Enciende las del tocador. Ahora la señal: uno, dos, tres. (Dando golpes en el armario.)

ESCENA VI.

DICHO y JULIA que entra por el armario del fondo.

JULIA. Buenas noches.

MIGUEL. (Cogiéndola las manos y gritando.) Muy buenas.

JULIA. ¿Quieres no gritar?

MICUEL. ¿Qué importa? Estamos solos.

JULIA. ¡Tengo miedo! Lúcas debe haber sospechado algo.

MIGUEL. ¡Bah! No lo creas.

JULIA. Su inesperado regreso hoy al mediodía me lo demuestra. Créeme, abriga negras sospechas.

MIGUEL. Las negras sospechas son el alimento natural de los maridos.

JULIA. Sin embargo, nosotros no hacemos nada malo.

MIGUEL. ¡Ya lo creo que no!

JULIA. Yo no falto á mis sagrados deberes de esposa, por venir á ensayar una comedia sin que lo sepa mi marido, ¿verdad?

MIGUEL. La culpa es suya, que se opone á que luzcas tus facultades artísticas.

JULIA. Y esta vocación es más fuerte que mi voluntad.

MIGUEL. Y como es preciso ensayar para hacer las comedias, hemos aprovechado la vecindad de tu cuarto con el de este viejo empleado, que preso durante todo el día en su oficina, y por la noche moviendo fichas de dominó en el café de París, nos deja tiempo de sobra.

JULIA. Pero si descubriesen...

MIGUEL. No temas nada. Ya sabes que estas casas pertenecen á mi padre, y los inquilinos ignoran la comunicación establecida entre ellas, comunicación que el autor de mis días debió abrir para algún fin particular, y que hoy nos sirve á las mil maravillas. Conque ensayemos. Ya sabes que esta noche es la primera representación.

JULIA. Con tal que no ocurra algún percance que me impida ir...

MIGUEL. Nosotros hacemos la última pieza, y hasta las once tenemos tiempo. Tu marido entra á las nueve y media de guardia extraordinaria esta noche, según he arreglado yo con su jefe, que es muy amigo mío.

JULIA. ¡Ya lo sé! Ensayemos. ¡Ah! ¿y mi traje para el Vizconde? Tengo que vestirme en mi casa.

MIGUEL. ¡Luego te lo traeré! Vamos á pasar la escena difícil, la que ha interrumpido esta mañana la venida de Lúcas. Aquí está el ejemplar. (Sacándolo y leyéndolo.) «Escena XXII.—El General, el Marqués y María, disfrazada con el traje del Vizconde.»

JULIA. Yo salgo por la derecha.

MIGUEL. Eso es. Yo estoy oculto aquí en el bosquecillo. (Fingiendo que se oculta detrás del tocador.) Al verte, digo: «¡Cielos! ¿María con este disfraz? ¿Qué significa esto?»

JULIA. Y yo que no te he visto, avanzo de puntillas hasta colocar mi mano sobre el hombro del General, que está sentado en el banco de piedra, rabiando de la gota.

MIGUEL. Como todos los generales.

JULIA. De las comedias.

MIGUEL. El General, al verte, vuelve el rostro y exclama sin conocerte: «¡Vizconde!»

JULIA. Es un fastidio ensayar faltando una figura. Una escena de tres, ensayada entre los dos, es imposible.

MIGUEL. El General oye tu relación, y no tiene más que dos ó tres interrupciones.

JULIA. Sin embargo, la figura, la actitud...

MIGUEL. Espera. Vamos á proporcionarnos un general. (Buscando á su alrededor.)

JULIA. ¿Dónde?

MIGUEL. Ahora verás. (Entra rápidamente en la alcoba.)

JULIA. ¿Qué haces?

MIGUEL. Aquí está el General. (Sale de la alcoba con un almohadón largo y un pañuelo de color.) Ahora verás. (Con el pañuelo ata la parte superior del almohadón; figurando una cabeza, y le pone la gorra que hay sobre la mesa.) Trae esa capa. (Ayudado por Julia, envuelve el maniquí en la capa y lo sienta.) Ahora coloquemos el taburete á los piés de este bizarro militar. (Coloca sobre el taburete la parte inferior del almohadón, como si fuera una pierna.) ¡Magnífico! Haz tu salida. Yo me oculto de nuevo en el bosquecillo. Vamos.

JULIA. (Figurando hacer la salida, avanza de puntillas, y pone la mano sobre el maniquí.) Buenos días, General.

JUAN. (Cantando dentro.) «¿Me olvidarás, gentil pastor?»

MIGUEL. ¡Ay!

JULIA. ¡Dios mío!

MIGUEL. ¡Ese vejete maldito, que vuelve! ¡Huyamos! (Dirigiéndose á la chimenea.)

JULIA. ¿Y el General?

MIGUEL. Déjalo, no tenemos tiempo. (Vánse, él por el practicable, y ella por el armario.)

ESCENA VII.

D. JUAN.

Creí que no acababan de afeitarme. (Deja sobre la silla un paquete que trae.) Ya debe ser muy tarde. ¿Pero qué es esto? Juraría que había apagado las luces al marcharme. (Con aire inquieto.) ¿Las dos encendidas? (En este momento, apercibe la cabeza del maniquí que sobresale por la espalda del sillón.) ¡Caracoles! ¿Qué es esto?.., ¡Ah, ya he pescado al bribón que trastorna mis muebles! Ahora sabré por qué procedimiento mágico entra en mi habitación... y enciende mis bujías. (Acercándose con visible terror.) ¡Caballero! ¡Caballero! (Más fuerte.) ¡Ca-

ballero! ¡Se ha dormido! ¡Qué audacia!... ¡Caballero! (Sacude furioso el sillón, y el maniquí cae de frente.) ¡Ay, caballero!... .Está usted herido? No contesta. Caballero, ¿se ha hecho usted daño? (Se inclina, coge el maniquí en sus brazos y da un grito.) ¡Ira de Dios! ¡Si es mi almohadón! ¿Qué burla es esta? (Tirando el muniquí sobre un sillón, y dirigiéndose á la puerta llamando.) ¡Señá Rita! ¡Señá Rita!

RITA. Ya voy.

JUAN. Ya voy á estrangular á esta portera. (Coge el maniquí y se coloca con él frente á la puerta.)

ESCENA VIII.

DICHO y la PORTERA.

PORT. ¿Por qué da usted esos gritos?

JUAN. (Arrojando el maniquí en brazos de la portera.) ¿Conoce usted á este caballero?

PORT. ¡Ay! ¿qué es esto?

JUAN. ¿Esto? Esto es el almohadón de mi cama convertido en maniquí.

PORT. ¡Já! ¡jáj ¡já!

JUAN. Vaya usted á buscar una pareja.

PORT. ¿Para que prendan al almohadón?

JUAN. Vamos á ver. ¿Á quién le ha prestado usted mi llave?

PORT. ¿Su llave? ¿Acaso me la ha dado usted á guardar?

JUAN. Es verdad, me la llevé yo consigo.

PORT. ¿Entonces?

JUAN. Pero esto es para perder la cabeza. Yo no he estado ausente, ni veinte minutos, y de seguro que el gracioso que se entretiene en esto, deberá tener una doble llave de mi puerta.

PORT. (Cogiendo el paquete que al entrar D. Juan dejó en una silla.) Aquí hay un envoltorio.

JUAN. (Quitándoselo de las manos y arrojándolo en una silla cerca del armario.) No toque usted eso, es mi traje negro que

acabo de recogér de casa del sastre.

PORT. Está bien; yo creía...

JUAN. Bueno, bueno; advierto á usted que si estas bromas se repiten, si usted no tiene más cuidado de lo que ocurra en mi habitación, mañana mismo me quejo al casero. Vaya usted con Dios.

PORT. Pero es que yo...

JUAN. ¡Vaya usted con Dios! (La empuja y cierra la puerta.)

ESCENA IX.

D. JUAN, después MIGUEL.

JUAN. Lo mejor será que yo deje este cuarto. Esta noche no puedo hacer las pesquisas que quisiera! me están aguardando mis primos en Fornos, y no es caso de hacerles esperar. Vamos á vestirnos. (Saca del armario una muda de ropa blanca, camisa, calzoncillos, se mete en la alcoba y cierra las cortinas. En el mismo instante entra Miguel por el practicable. Trae en la mano un paquete.) He oído que cerraban su puerta. ¡Ya estamos solos! ¡Hola, el general ha pedido su retiro! ¡Qué intrigado debe estar este pobre hombre! Despachemos. Aquí traigo el traje del Vizconde. Voy á llamar á Julia para que se vista, y nos vayamos á escape. (Da tres golpes en el armario.)

JUAN. ¿Quién anda ahí? (Dentro.)

MIGUEL. (¡Ay, me pescó!) (Sobresaltado; el paquete que lleva debajo del brazo se le cae.) Soy yo, no tenga usted miedo, don Juan.

JUAN. (Asomando la cabeza por las cortinas.) ¿Y quién es usted?

MIGUEL. (Sonriente, dirigiéndose á la alcoba.) ¡Miguel! Miguelito.

JUAN. ¡El hijo de mi casero!

MIGUEL. Pasaba por ahí casualmente y he dicho: voy á hacer una visita á D. Juan.

JUAN. Tantísimas gracias. ¿Y diga usted, por dónde?

MIGUEL. ¿Necesita usted alguna reparación en el cuarto? (La cuerda sensible de los inquilinos.)

JUAN. Es usted muy amable; pero quisiera saber cómo...

MIGUEL. ¿Hay que estucar alcobas? ¿Empapelar pasillos?

JUAN. No, no señor... ¿Por dónde ha entrado usted?

MIGUEL. Por la puerta: al pasar la ví abierta... Mire usted.

JUAN. ¡Es particular! Juraría que había echado el cerrojo. (Alargando el cuello y mirándola.)

MIGUEL. ¿Cómo era posible?

JUAN. Hay cosas tan raras...

MIGUEL. (Afortunadamente, Julia no ha oído mi señal.)

JUAN. Figúrese usted, señor don Miguel... (En este momento se abre el armario y sale Julia. Miguel la vé y se lanza á la alcoba. D. Juan retrocede maquinalmente, y Miguel introduce á su vez la cabeza por la abertura de las cortinas, hablando á D. Juan y sujetando estas para que no vea á Julia.)

ESCENA X.

DICHOS y JULIA.

MIGUEL. (¡Demonio, Julia!) ¿Diga usted, hace humo esta chimenea?

JUAN. (Desde la alcoba.) Perdone usted, estoy en un traje tan ligero...

JULIA. (¡No está sólo!)

MIGUEL. ¿Cierran bien las ventanas? (Á Julia.) Coge ese paquete y vístete.

JULIA. Comprendo.

JUAN. Voy á salir inmediatamente y yo le diré á usted.

MIGUEL. No tenga usted prisa. (Á Julia.) Estáte preparada, yo te llamaré... Si yo no puedo venir vendrá á buscarte el director de escena.

JULÍA. Bueno. (Cogiendo y llevándose el paquete que trajo D. Juan. Vase.)

JUAN. Siento que me haya usted cogido en este momento...

MIGUEL. ¡Ah! no faltaba más. Ya volveré otro ratito más despacio...

JUAN. Cuando usted guste.

ESCENA XI.

DICHOS y la PORTERA.

PORT. Se me ha ocurrido una idea. (Reparando en Miguel.) ¡Ah! Señorito.

MIGUEL. Buenas noches, Rita. Hasta otra vista, don Juan.

JUAN. (Desde la alcoba.) Vaya usted con Dios.

MIGUEL. (Con tal que se vaya pronto...)

ESCENA XII.

DICHOS menos D. MIGUEL.

PORT. Se me ha ocurrido un medio para descubrir quien entra en el cuarto cuando usted se vá.

JUAN. (Siempre en la alcoba.) ¿Qué medio es ese?

PORT. Quedarme aquí por la noche.

JUAN. Ya hablaremos de eso. Ahora ya que ha subido usted, haga el favor de darme mi traje, ese paquete que está allí sobre una silla.

PORT. (Buscándole.) ¿Sobre una silla? (Coge del suelo el paquete que trajo Miguel, y se lo dá.) ¡Buen modo de cuidar la ropa! Tome usted.

JUAN. (Sacando el brazo por la cortina.) ¡Gracias!

PORT. (Sentándose en el sillón.) Pues sí, señor, subiría yo aquí una noche con la Indalecia, y la Ramona, y estaríamos al cuidado á ver si el fantasma se atrevía. .

JUAN. (Dentro.) ¡Tres mujeres aquí, y todas viejas y feas... gracias, no se molesten ustedes.

PORT. Oiga usted, pollo, creo que nos está usted faltando...

JUAN. (Gritando.) ¿Qué es esto? ¡Mal rayo! ¿Qué ha hecho este maldito sastre con mi ropa? (Sale con una casaca de terciopelo encarnado, y un calzón corto del mismo color.)

PORT. ¡Já, já, já! ¿Va usted al baile de máscaras?

JUAN. ¡Por vida de!... Indudablemente esto es una equivocación. (Quitándose la casaca.) Haga usted el favor de ir

á escape y que le entreguen á usted mi ropa.

PORT. ¿Y la casaca?

JUAN. Es verdad. Espere usted un momento. (Se la dá.)

PORT. Pues si tenía usted mucha prisa, ya, ya...

JUAN. Á escape.

PORT. ¡Voy corriendo! ¡Ay! (Al salir tropieza con D. Lúcas que entra furioso.)

ESCENA XIII.

D. JUAN y D. LÚCAS.

LUCAS. Buenas noches.

JUAN. (¿Otra vez?)

LUCAS. Tenemos que hablar. (Corre el cerrojo.)

JUAN. (Echa el cerrojo.) Permita usted.

LUCAS. (Colocándose delante de la puerta cruzado de brazes y con fiereza.) Deje usted eso.

JUAN. Caballero...

LUCAS. ¡Señor mío! Diga usted; ¿hay barro, ó es que va usted de pesca con esos pantalones?...

JUAN. ¡Tres cominos le importa á usted eso!

LUCAS. Procedamos con método. Usted me ha dicho al subir que no volvería en toda la noche.

JUAN. Sí, señor.

LUCAS. ¿Y ha vuelto usted?

JUAN. Sí, señor.

LUCAS. ¿Por qué?

JUAN. Porque me ha dado la gana.

LUCAS. ¿Si, eh? ¡Á mí no se me engaña!

JUAN. ¡Vecino!...

LUCAS. ¿Conque se afeita usted á las nueve de la noche y vuelve á su casa furtivamente, y se pone usted camisa limpia, y dice usted que aquí no hay un misterio?

JUAN. ¡Vecino! ¡Vecino!

LUCAS. Nadie se afeita á estas horas para pasar la noche solo.

JUAN. Yo no tengo que dar cuenta á nadie de mis acciones.

LUCAS. ¡Oh! ¡qué rayo!.....

JUAN. ¡Así le parta á usted!

LUCAS. De luz. ¿Por qué está usted en mangas de camisa?

JUAN. Porque tengo calor.

LUCAS. ¿Calor en el mes de Diciembre? Eso es una contradicción.

JUAN. Apúntese usted siete.

LUCAS. ¡Á mi no me apunta nada, caballero! (Metiéndose las manos en los bolsillos y dando un grito.) ¡Ah! ¡ya tengo la clave!

JUAN. ¿De sol?

LUCAS. La prueba decisiva... Esta es la carta que he sorprendido el otro día en el costurero de mi mujer...)

JUAN. (¿Qué estará mascullando?)

LUCAS. (¡Y si la letra es la misma cierto son los toros!)

JUAN. (Examinando á Lúcas.) (Este bárbaro debe ser más fuerte que yo, y no me atrevo á tirarle por la ventana.)

LUCAS. Escriba usted.

JUAN. Tengo toda la familia en casa.

LUCAS. (Cogiéndole de un brazo le lleva á la mesa.) Dos líneas nada más que voy á dictarle.

JUAN. Yo no soy memorialista.

LUCAS. (Haciéndole sentar violentamente.) ¡Escriba usted!

JUAN. (Con tal que se vaya...) Dicte usted.

LUCAS. (Sacando un papel del bolsillo y dictando lo que lee.) ¡Chupa!

JUAN. ¿Qué quiere usted que chupe?

LUCAS. Escriba usted: «Chupa... calzón corto... casaca cuadrada... zapato con hebilla.

JUAN. Con hebilla. (En este momento, por el ojo de la cerradura del armario aparece un papel arrollado en espiral que se va alargando. Lúcas lo vé, y dando un grito se precipita á cogerlo. Juan se levanta asustado.)

LUCAS. ¡Ah! ¡ya la tengo!

JUAN. ¿El qué?

LUCAS. ¡Silencio! (Desarrollando el papel y leyendo.) «¿Qué voy á hacer con la ropa que me has mandado?»

JUAN. (Interrumpiéndole.) Empeñarla.

LUCAS. Cállese usted. «Es una burla de muy mal gusto. No cuentes conmigo. Tanto peor para el beneficiado.» ¿Qué dice usted á esto?

JUAN. Lo que usted diga.

LUCAS. ¿Quién es este beneficiado?

JUAN. Alguno de la catedral nueva.

LUCAS. ¡Á mí no me venga usted con chirigotas!

JUAN. ¡Á mí no me venga usted con beneficiados!

LUCAS. ¡Abra usted ese armario!

JUAN. ¿Para qué?

LUCAS. Quiero saber el medio de que se vale usted para recibir la correspondencia.

JUAN. (Que no ha visto cómo D. Lúcas ha cogido el papel.) ¿*La Correspondencia*? La compro en la esquina.

LUCAS. Esas cartas que se filtran á través de los armarios, como el Comendador á través de las paredes.

JUAN. ¡El Comendador! ¡Los armarios! Vecino, el doctor Esquerdo es muy amigo mío, y si quiere usted que yo le recomiende...

LUCAS. (Furioso y forcejeando la puerta del armario.) ¡Abra usted este armario!

JUAN. (Incomodándose y haciéndole frente.) ¡Ea, ya se acabó mi paciencia, no me dá la gana.

LUCAS. ¿No?

JUAN. No.

LUCAS. Tiemble usted.

JUAN. Tampoco quiero temblar.

LUCAS. Voy á mi casa á sorprender á la culpable, y vuelvo con mis armas á exigirle á usted que abra ese armario! (Dando un golpe en él.) ¡Y lo abrirá usted! (Otro.) ¡Vaya si lo abrirá! (Otro.) ¡Abur! (Vase.)

JUAN. ¡Vaya usted al infierno! (Echa el corrojo á la puerta.) Cuando vuelvas tú á poner los piés en mi casa... Son cerca de las diez. Buena fama me echarán mis primos... Y esa maldita portera sin traerme el traje. En fin, iré de americana. (Entra en la alcoba.)

ESCENA XIV.

JULIA, enseguida D. JUAN.

JULIA. (Sale por el armario dejándolo abierto, trayendo al brazo un traje negro.) He oído los tres golpes, que es la señal convenida. (Mirando á todos lados.) ¿Pero en dónde está Miguel?

JUAN. (Que sale poniéndose la americana.) De cualquier manera... ¿Eh? ¡una señora!

JULIA. ¡Caballero!

JUAN. (¿Por dónde habrá entrado?)

JULIA. (Debe ser el director de escena.)

JUAN. (¡Ah, por el armario!) (Lo cierra violentamente y apoya la espalda en él.) Señora, querrá usted explicarme...

JULIA. ¿Por qué no estoy vestida? ¿Le parece á usted que me ponga ese traje? (Arrojando el que lleva en el brazo.)

JUAN. ¿Eh? ¡Mi levita, mi pantalón! ¿Pero qué demonios es esto? ¿Quién es usted?

JULIA. ¿No se lo ha dicho á usted Miguel?

JUAN. ¿Miguel?

JULIA. ¿Usted no es el director?

JUAN. ¿Director? ¡Yo soy escribiente nada más!

JULIA. ¿Y qué tiene que ver?

JUAN. Eso digo yo. ¿Qué tiene que ver? (En este momento se abre el practicable de la chimenea, y aparece Miguel.)

ESCENA XV.

DICHOS y MIGUEL.

MIGUEL. (¡Canario!)

JUAN. (¡Horror!) (Se quedan los dos mirándose.)

MIGUEL. ¿Quiere usted que le muden el papel de los pasillos?

JUAN. ¡Pero esto no es un cuarto, esto es una regadera!

JULIA. Pero...

JUAN. Estoy viviendo en una flauta, todo se vuelve agujeros

JULIA. ¿Pero se ha vuelto loco el director?

JUAN. ¡Qué director? (Gritando.)

MIGUEL. (Saltando á la escena, y cerrando el practicable.) ¡Mujer, si es el inquilino del cuarto!

JULIA. ¡El inquilino! (Suenan fuertes golpes en la puerta de entrada y la voz de D. Lúcas llamando.)

LUCAS. ¡Abra usted! ¡Abra usted!

JULIA. ¡Mi marido! ¡Estamos perdidos!

MIGUEL. El Otelo.

JUAN. El tigre de Bengala.

MIGUEL. Calma, ya estamos salvados. Siéntese usted en ese sillón. Usted es el general.....

JUAN. ¿Director general?

LUCAS. ¡Abra usted! (Dentro.)

JULIA. ¡Comprendo! Padece usted de la gota. Ponga usted el pie en el taburete.

JUAN. Yo no padezco nada. (Se lo coloca.)

MIGUEL. ¡Silencio! (Redoblan los golpes.)

JUAN. Va á echar la puerta abajo.

MIGUEL. Mejor.

JUAN. ¿Cómo que mejor?

MIGUEL. Calle usted, hombre. (Á Julia.) Tú, la gran escena. (Julia se arrodilla á los piés de D. Juan en actitud suplicante. Miguel se mete debajo de la mesa, saca la cabeza por debajo del tapete, y con el ejemplar en la mano se dispone á apuntar.)

JUAN. Pero...

MIGUEL. «Tenga usted piedad.» (Apuntando.)

JULIA. Tenga usted piedad. (La puerta se abre violentamente y aparece D. Lúcas con una pistola en cada mano.)

LUCAS. ¡Miserables!

JUAN. (Creo en Dios Padre...)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS y D. LÚCAS.

LUCAS. ¡La infame está de rodillas á sus piés!

MIGUEL. (Apuntando.) «Usted mi guía, mi sosten desde la infancia...»

JULIA. «¡Usted mi guía, mi sostén desde la infancia!»

LUCAS. ¿Qué es esto? (Avanzando.)

MIGUEL. «¡Perdóneme usted, padre mío!»

JULIA. «¡Perdóneme usted, padre mío!» (Se arroja en sus brazos.)

LUCAS. ¡Su padre! (En su asombro deja caer las pistolas, y una se dispara.)

JUAN. ¡Ay, me ha muerto! (Cae de cara desde el sillón, con la caida arrastra la mesa y deja al descubierto á Miguel, que está de rodillas con el ejemplar en la mano, Julia da un grito y cae desmayada en brazos de su marido.)

LUCAS. ¡Jesús! (Coloca á su mujer en una silla y corre de un personaje á otro.) ¡Mi mujer! ¡Su padre! ¡El hijo del casero debajo de la mesa!

JUAN. ¡Socorro! ¡Á la guardia!

MIGUEL. (Muy obsequioso.) ¿Quiere usted que le muden el baldosín?

JUAN. ¿Dónde tengo la bala?

LUCAS. Si era pólvora sola. (Corriendo junto á su mujer.) ¡Julia! ¡Julia mía!

JULIA. ¡Lúcas!

LUCAS. No tengas miedo, lo he oído todo. (Á D. Juan.) ¡Ah! ¡Caballero! ¿conque era usted su padre?... Debía haberlo sospechado... Ese aire respetable... ese parecido tan exacto...

JUAN. (¡Parecido?)

LUCAS. ¿Por qué me lo habías ocultado?

JULIA. Pregúntaselo á... papá.

JUAN. (Con aire misterioso y en voz baja.) Razones de familia.

LUCAS. ¡Basta, seré discreto! (Reparando en Miguel y con desconfianza marcada.) Pero... ¿y ese?

MIGUEL. ¡Ay!

JUAN. (¿Volvemos á empezar?)

LUCAS. ¿Qué hace usted aquí?

MIGUEL. Me ocultaba.

LUCAS. ¿Debajo de la mesa?

JUAN. No podía ocultarse encima.

LUCAS. Verdad. ¿Y por qué se ocultaba usted?

MIGUEL. Me ocultaba... porque...

JUAN. Ni una palabra. Yo se lo diré á usted todo. (Cogiendo á Lúcas del brazo y bajándole al proscenio.) (Ya que ha dado resultado una vez...) ¡Soy su padre!

LUCAS. ¿Eh?

MIGUEL. (¿Qué le dirá?)

LUCAS. Entonces el otro, el casero...

JUAN. (Tapándole la boca.) ¡Chis!... ¡Razones de familia!

LUCAS. ¡Ah! Seré discreto.

JUAN. (Estrechándole la mano.) Gracias.

LUCAS. (Muy contento.) Entonces es hermano de...

JUAN. ¡Digo!

LUCAS. ¡Miguel, Miguel, abrázala!

MIGUEL y JULIA. ¿Cómo?

JUAN. ¡Abrázala!

LUCAS. (Va á hacerlo y se interpone Lúcas.) No, yo primero. (Lo hace y la arroja á los brazos de Juan.) ¡Abrázale! ¡Tú también, Miguel! ¡Y yo, yo también quiero abrazarle!

MIGUEL. (No entiendo una palabra.)

JUAN. (Procurando desasirse.) Basta, basta, me ahogais.

LUCAS. No se separará usted ya de nosotros, viviremos en familia.

JUAN. ¡Ya lo creo! (Mañana me mudo.)

LUCAS. Ahora á mi casita, juntitos á tomar café.

JULIA. Sí, sí, vamos. (Bajo á Miguel.) (Tú me explicarás...)

MIGUEL. ¿Yo?... (Encogiéndose de hombros.)

JUAN. Cuando gusteis.

LUCAS. Andando... ¡Ah! ¿Y quién era el beneficiado?

MIGUEL y JULIA. ¡El beneficiado!

JUAN. (Bajando á Lúcas al proscenio.) ¡Chis!... ¡Soy su padre!

LUCAS. ¡Ah!

JUAN. Razones de familia.

LUCAS. ¡Seré discreto! Á tomar café.

JUAN. (Al público.)

El autor de esta humorada
me encarga la comisión
para mí muy delicada,
de pedir una palmada
antes que caiga el telón.

(Telón.)

FÍN.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras músicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.